

disipacion, que miss Manette lloraba amargamente, sin tratar de disimular la parte que tomaba en sus penas.

—Consoláos, le dijo, yo no merezco vuestras lágrimas. Antes de dos horas las innobles costumbres, los infames compañeros que desprecio y que me arrastran consigo, me harán ménos digno de vuestra compasion que el último de los séres. Pero en el fondo de mi corazon seré para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre; creedlo: esta es la última suplica que os dirijo; no lo dudeis, aunque en lo sucesivo continúe observando la misma miserable conducta que hasta ahora.

—Yo os creo, balbuceó miss Manette.

—Debo terminar ya esta visita que se ha hecho demasiado larga; ¿qué hay de comun entre nosotros dos? estamos separados por un abismo. Yo quisiera, sin embargo, deciros una palabra más: ya sé que es inútil, pero esto se escapa de mi alma. Por vos, miss Manette, y por todos los que vos amais haria yo todo cuanto pudiera hacerse en el mundo. Si mi posicion fuera distinta y me permitiese hacerlo, me sacrificaría gustosísimamente por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras: pensad en ellas alguna vez, y tened la conviccion de que volveria á haflar una voluntad ardiente para realizar el sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un dia, tal vez próximo, en que nuevos lazos, más poderosos y más gratos, os sujeten al hogar doméstico que alegráis con vuestra presencia, y os hagan más agradable la vida. Entónces, miss Manette, cuando el rostro de un padre dichoso se una al vuestro y cuando contempleis vuestras encantadoras facciones retratadas en las del hijo á quien prodigéis vuestras sonrisas, no olvideis que existe un hombre dispuesto á dar su vida para conservar la de cualquiera de los séres que disfrutan vuestro amor.

Despidióse de ella, la bendijo por última vez, abrió la puerta y se alejó.

CAPÍTULO XIV.

Un comerciante honrado.

Infinito número de objetos movibles se presentaban diariamente ante los ojos de Jeremias Cruncher, en tanto que, acurrucado sobre su banquillo, esperaba á la puerta de Tellstone que le enviasen á cualquier parte con algun recado. ¡Quién podria permanecer sentado todo el dia en Fleet street sin sentir el mareo producido por dos inmensas procesiones, una como el sol, en direccion al Oeste, y la otra hácia el extremo opuesto, pero yendo ambas mucho más allá de esa línea de púrpura y de oro en que el sol desaparece á nuestras miradas!

Mr. Cruncher, con su pajita en la boca y su horrible muchacho al lado, veia pasar aquellas dos corrientes que parecian no tener fin: perspectiva que por otra parte no hubiera sido de su agrado, toda vez que debía una parte de sus ganancias á la conduccion y acompañamiento de las mujeres miedosas, casi todas ellas talluditas y pasadas, que desde la casa Tellstone y C.^a, necesitaban dirigirse á la otra acera de la calle. Por corto que fuese el trayecto, Mr. Cruncher tenia tiempo bastante para cobrar afecto á la señora hasta el punto de manifestarle el deseo de beber á su salud; y las cantidades más ó ménos insignificantes que recibia para poder realizar su bondadoso propósito formaban, como ya hemos dicho, una de las partidas de sus ingresos.

Hubo un tiempo en que cierto poeta se sentaba en la plaza pública é improvisaba en presencia de los transeúntes. Mr. Cruncher se sentaba tambien en la vía pública, pero no era poeta é improvisaba todo lo ménos posible, mirando siempre cuanto pasaba su á alrededor. Hallábase

en una estacion en que los transeuntes eran muy escasos y las mujeres asustadizas menudeaban ménos que nunca; el mal resultado de sus negocios le hacia sospechar en aquel momento que su esposa le atraia las iras del cielo, cuando un inmenso gentío que se dirigia hácia el Oeste absorbió toda su atencion. Comprendió en seguida que se trataba de un cortejo fúnebre, y que habia contra aquellos funerales alguna oposicion popular, que daba margen á los gritos y clamores que llegaban á sus oidos.

—Es un entierro, Jerry, dijo Mr. Cruncher á su hijo.

—¡Bravo! papá, exclamó el granuja dando á este grito de triunfo una misteriosa significacion.

Pero el padre lo llevó muy á mal, dió un bofetón al granuja y dijo á su vez:

—¿En qué estás pensando, bribon? ¿Como vuelvas á esplicarte de ese modo, verás cómo te ajusto yo la cuenta! ¡Este chiquillo se vá haciendo demasiado ladino! añadió mirando de soslayo al mal encarado granuja.

—Yo creo que no tiene nada de particular el que uno grite: ¡bravo! repuso el pillastre rascándose la mejilla.

—¡A ver si te callas! ¡No quiero que me vengas con contestaciones! Súbete ahí, y mira.

El hijo obedeció, y el cortejo continuó su marcha. La multitud gritaba y silbaba alrededor del carruaje que conducia el cadáver y de otro en que sólo se veia un lloron, vestido de riguroso luto, con arreglo al oficio que desempeñaba. El pobre infeliz, sumamente inquieto, procuraba, ocultándose en el fondo del carruaje, evitar las miradas del populacho que le hacia unos gestos horribles, y gritaba de vez en cuando: ¡abajo los espías! añadiendo una porcion de frases que por su excesiva energía no podemos reproducir.

Mr. Cruncher tenia una aficion decidida á los entierros, y uno cualquiera, chico ó grande, le sacaba de sus casillas: dicho esto se comprenderá fácilmente la fuerte

impresion que le produjo el tumultuoso cortejo que se dirigia hácia él.

—¿Qué es eso? preguntó un transeunte.

—¡Yo qué sé! le contestó otro. ¡Abajo los espías! ¡Chist! ¡Chist!... ¡Abajo los espías!

—¿Quién es el muerto? preguntó á otro.

—Yo no sé, contestó el interpelado, llevándose ambas manos á la boca á manera de bocina, y gritando como un energúmeno: ¡Abajo los espías! ¡Abajo los espías!

Mr. Cruncher averiguó que se trataba del entierro de un tal Roger Cly.

—¡Ah! ¿conque era un espia? preguntó el demandero.

—Un espia de Old-Bailey, respondió el otro.

—¡Yo estoy persuadido de que le conozco! exclamó Jerry recordando la vista de la causa de Carlos Darnay. ¡Conque ha muerto!

—Muerto y muy muerto. ¡Abajo los espías! Tirad al suelo á los espías! ¡Cogedlos y arrastradlos!

A falta de otra idea mejor, pareció ésta tan aceptable, que la multitud, adoptándola desde luego, se abalanzó á los dos vehiculos y los detuvo. La portezuela del carruaje fué bruscamente abierta, y el lloron se encontró frente á frente con los sitiadores; pero audaz y listo como él solo, supo emplear perfectamente estas dos cualidades, y en ménos de un minuto logró fugarse por una de las bocacalles, despues de perder la gasa negra, la capa, la valona, el moquero y otros emblemas del comprado llanto. Todo esto quedó hecho mil pedazos, que fueron arrojados al viento, en tanto que los comerciantes cerraban apresuradamente sus tiendas; porque en aquella época, el populacho era un temible monstruo.

Los más atrevidos habian abierto el carruaje que conducia el cadáver, y se disponian á apoderarse del ataúd, sin saber siquiera lo que iban á hacer con él, cuando un

brillante génio propuso que el difunto continuase en su sitio y fuese conducido á su última morada, en medio de una general aclamacion. Esta idea práctica fué acogida con entusiasmo: el interior del carruaje fué ocupado inmediatamente por ocho personas; instaláronse doce en la parte exterior, y el coche de los muertos recibió á todos los individuos que quisieron encaramarse sobre él ó colgarse á su antojo del mejor modo que les fué posible.

Entre los que más empeño demostraban en formar parte del cortejo figuraba Jeremías Cruncher, cuya cabeza desgreñada se ocultaba modestamente en uno de los ángulos del carruaje, con objeto de evitar la miradas y las observaciones de cualquier empleado de la casa Tellson. Los directores oficiales de los funerales reunieron todos sus esfuerzos para evitar aquel cambio de ceremonial; pero la proximidad del Támesis era por demás alarmante, y varias observaciones hechas á propósito del excelente efecto que los baños de río producen en los enterradores recalcitrantes, hicieron cesar las protestas que, dicho sea de paso, no eran tampoco muy enérgicas, y el convoy continuó nuevamente su marcha.

Un deshollinador de chimeneas, auxiliado por el verdadero cochero, que por esta circunstancia habia tomado asiento á su lado, conducia el carruaje de duelo, y un marmiton, dirigido por la experiencia y las luces del otro cochero, conducia el carro fúnebre. Pocos momentos despues, un titiritero, dueño de un oso, muy conocido en la ciudad, tuvo á bien unirse al cortejo; y el animal de su pertenencia, cuyo negro y grásiento pelo parecia proceder de los almacenes de la agencia de entierros, fué la única figura seria que pudo verse entre toda aquella multitud.

De este modo y bebiendo, fumando, cantando, chillando, parodiando el dolor y aumentando por momentos el número de alborotadores, llegó aquel desordenado cor-

tejo á una antigua iglesia situada extramuros y dedicada á San Pancracio. Trascorrido algun tiempo, tocó al término de su viaje, asaltó las puertas del cementerio y acabó por enterrar al difunto en la forma que tuvo por conveniente y en medio de la mayor algazara.

El populacho, despues de haber dispuesto del muerto, necesitaba una nueva diversion, y uno de sus más ingeniosos individuos, tal vez el mismo autor del tumultuoso entierro, concibió la extraña idea de apoderarse de los transeuntes, acusarlos de espías de Old-Bailey, y tratarlos en la forma que merecian. No bien se dió á conocer esta luminosa idea, veinte personas inofensivas, que ni siquiera de vista conocian la antigua cárcel, fueron detenidas, zarandeadas y maltratadas en debida forma. De esto, al destrozo de las ventanas y al saqueo de las tabernas, la transicion era tan natural como sencilla. Por último, despues de trascurrir algunas horas, cuando aquellos belicosos individuos hubieron arrancado los barrotes de las rejas para convertirlos en armas ofensivas y destrozado casi todas las puertas, empezóse á susurrar que los soldados se acercaban y la multitud se dispersó como por encanto.

¿Llegó ó no llegó la tropa? No es posible contestar á esta pregunta, porque no quedó ni un alma que lo viese.

Mr. Cruncher no tomó parte en la diversion final; despues del entierro del cadáver, permaneció en el campo-santo dando el pésame á los empleados de la agencia fúnebre; luego encendió su pipa, y hallando, sin duda, cierto encanto en el cementerio de San Pancracio, continuó fumando y examinando los claustros y todos sus más insignificantes detalles.

—Tú has visto á ese Roger Cly, dijo hablando consigo mismo: tú le has visto con tus propios ojos; era jóven, robusto y de buena presencia.

Continuó meditando durante algunos instantes, y se alejó de allí con objeto de hallarse á la puerta de Tellstone á la hora de cerrar las oficinas del Banco. Pero, ya porque sus meditaciones acerca de la muerte le hubieran revuelto la bilis, ó porque hacia algunos días que su salud no era del todo satisfactoria, ó porque sólo tuviese el propósito de ofrecer sus respetos á un hombre de mérito, pasó á su regreso por casa de su médico, que era uno de los más hábiles quirúrgicos de Londres.

El jóven Cruncher cedió al autor de sus días el lugar que ocupaba hacia algunas horas, declarando al mismo tiempo que no habia producido ninguna utilidad desde la salida del propietario. Los antiguos empleados salieron al poco rato, cerróse el Banco, y los dos Jerry, padre é hijo, se dirigieron á su domicilio para tomar el té.

—Ya sé en donde está, dijo Mr. Cruncher á su mujer tan pronto como llegó á su casa, y si por casualidad sale mal el asunto, tendrás que habértelas conmigo, porque estaré persuadido de que has indispuerto al cielo en contra mía.

La pobre mujer movió la cabeza con el mayor desaliento.

—¿Qué es eso? ¿Vas á empezar de nuevo y en mis propias barbas? repuso el marido con cara de vinagre.

—¡Pero si no he dicho ni una palabra!

—Sí; pero estás pensando en tu maldito estribillo, y no quiero que me bagas la contra de ningun modo. Yo no quiero que medites ni que reces. Ni hace falta lo uno ni lo otro. ¿Lo entiendes?

—Sí, Jerry.

—¡Vaya una respuesta! dijo Cruncher sentándose en frente de su taza; ¡sí, Jerry! eso es muy sencillo; ¡sí, Jerry! eso se dice con mucha facilidad.

El marido no daba á estas palabras ningun sentido particular. Quería únicamente demostrar, de un modo

irónico, su mal humor, como hacen otros muchos esposos en análogas circunstancias.

—¡Ya lo creo! prosiguió tomando un enorme pedazo de pan con manteca; ¡ya lo creo! ¡pues no faltaba más sino que dijese que no!

—¿Vas á salir esta noche? preguntó tímidamente su mujer al verle devorar el segundo bocado de pan.

—Sí, voy á salir.

—Papá, ¿quieres que vaya yo contigo? exclamó el jóven Cruncher.

—No, tú no puedes venir; ya sabe tu madre perfectamente que voy de pesca.

—Pero si la caña está inservible y el anzuelo cubierto de orin, ¿cuándo vas de pesca?

—Cuando á tí no te importa.

—¿Y vas á traer peces?

—Ya veremos. Si la pesca no es buena, nuestra comida de mañana será bien escasa; esto es lo único que te hace falta saber, respondió el padre moviendo la cabeza; basta ya de preguntas sobre este particular.

Durante toda la noche, Mr. Cruncher no perdió de vista ni un momento á su mujer, y la obligó á tomar parte en la conversacion, con objeto de impedir que dirigiese sus ruegos al cielo para dar al traste con sus proyectos: imploró el auxilio de su hijo para que secundase sus esfuerzos; molestó á aquella pobre mujer, insistiendo sobre todas cuantas faltas tenia que echarle en cara, y no la dejó un momento de descanso para que pudiese reflexionar. No podria el más entusiasta devoto atribuir al rezo mayor eficacia que la que él le concedia con el temor que le inspiraban las oraciones de su mujer; parecia uno de esos incrédulos que niegan la existencia del alma y tienen miedo de los aparecidos.

—Fíjate bien en lo que te digo, continuó Mr. Cruncher; mañana me dejo de bromas; si logro mi objeto y traigo

un trozo de carne, nos lo comeremos en vez del pan seco de todos los días; si puedo comprar un poco de cerveza no vendas luego diciendo que no quieres beber más que agua. Cuando uno va á Roma tiene que seguir la costumbre de Roma; y para tí yo soy Roma y la costumbre. Dados tus escrúpulos acerca del origen de nuestros alimentos, yo no sé cómo tenemos siquiera un pedazo de pan que llevar á la boca, mujer sin corazón. Mira á tu hijo: está delgado como un huso; ¿no sabes tú que el primer deber de una madre es el de alimentar convenientemente á su hijo?

El muchacho, conmovido con estas palabras que afectaban su órgano más sensible, exigió á su madre que cumpliera el imperioso deber que con tanta delicadeza se le recordaba. De este modo transcurrió la noche hasta que el jóven Jerry fué á acostarse; su madre, invitada á seguir su ejemplo, no tardó en obedecer, y Jerry, el cabeza de familia, fumó varias pipas, aguardando la hora de dar comienzo á su expedición.

A la una ménos cuarto se levantó, sacó una llave del bolsillo, abrió un armario, cogió un saco, un azadon, una gran palanca, una cuerda, una cadena y otros varios objetos por el estilo.

Después de cargar con todos aquellos pertrechos, dirigió á su mujer una mirada llena de inquietud, dió un soplo á la vela y salió.

El jóven Jerry, que no dormía y que se había acostado completamente vestido, siguió inmediatamente las huellas de su padre. A favor de las tinieblas bajó la escalera, atravesó el patio y siguió á lo largo de la calle, sin pensar siquiera en el modo de arreglarse para volver á entrar en su domicilio: la casa tenía un sin fin de vecinos y la puerta no se cerraba nunca de día ni de noche. Llevado del noble deseo de conocer y estudiar la profesión del autor de sus días, el jóven Jerry se deslizó á lo

largo de las paredes y no perdió de vista á su honrado padre. Bste, dirigiéndose hácia el Norte, se unió de allí á poco á otro discípulo de Isaac Walton (1), y los dos pescadores continuaron juntos su camino. Media hora después habian perdido de vista la linterna del último vigilante nocturno, y se hallaban en un camino solitario. Otro nuevo pescador se unió á ellos tan silenciosa y rápidamente que hubiera podido creerse que uno de los anteriores se habia duplicado. Los tres compañeros, seguidos siempre del granuja, se detuvieron bajo una especie de terraplen que dominaba el camino.

Sobre este terraplen se elevaba un paredon coronado por una verja de hierro. Los tres pescadores penetraron en un callejon sin salida, cuyas paredes tenían ocho ó diez piés de elevación. Lo primero que llamó la atención del jóven Jerry, que lo observaba todo tendido en el suelo con objeto de no ser visto, fué la silueta de su honrado padre que escalaba la verja; siguiéronle los otros dos compañeros, y después de permanecer algun tiempo inmóviles, sin duda para escuchar, continuaron andando á gatas.

Entonces el jóven Jerry se aproximó á la verja, contuvo la respiración, se acurrucó en un rincón, y mirando á través de los hierros, vió á los tres hombres arrastrándose sobre la yerba de un cementerio, cuyas sepulturas, débilmente iluminadas por la luna, parecían una legión de fantasmas que dominaba la iglesia, que semejava á su vez el espectro de un monstruoso gigante. Cuando llegaron al sitio que buscaban, los tres hombres se pusieron en pié; al principio comenzaron á pescar con un azadon; luego, el jóven Jerry, creyó observar que su honrado padre aplicaba á la fosa un enorme saca corchos. El gra-

(1) Célebre literato inglés, autor de un tratado didáctico sobre el arte de pescar con caña.

nuja extrañó sobremanera la actividad con que los pescadores se consagraban á sus tareas, y continuó en su asombro hasta que, oyendo las campanadas del reloj de la iglesia, huyó aterrorizado. Pero el deseo que tenia desde mucho tiempo de informarse de la profesion paterna, le detuvo en su carrera y le hizo volver á su escondite.

Cuando el chiquillo se halló de nuevo al lado de la verja, los tres hombres continuaban pescando con un afan indescriptible; parecian haber hecho una importante presa, porque todos ellos, asomados al borde de la fosa, atraian hácia sí con grandes esfuerzos un objeto pesado, que apareció por fin á la superficie de la tierra.

El chiquillo, que asistia por primera vez de su vida á semejante espectáculo, aun cuando habia adivinado cuál podia ser aquel objeto, se sintió de tal modo sobrecogido de espanto al ver á su padre preparándose para abrir el ataúd, que se dió á correr como un desesperado durante más de un cuarto de hora, y no prolongó más su carrera por la imperiosa necesidad en que se vió de tomar algun aliento.

El infeliz creia que el difunto iba pisándole los talones. Veiale siempre pronto á alcanzarle y á cogerle por un brazo, y en su terrible desesperacion veia el infernal ataúd saltando delante de él, saliendo de los caminos trasversales, de las calles de árboles, de los oscuros rincones, chocando contra las puertas, rozando contra las paredes, y, tomando una forma humana, parecia encogerse de hombros y sonreirse horriblemente en la sombra, de tal modo, que el pobre Jerry llegó medio muerto á la puerta de su casa. El maldito ataúd, persiguiéndole sin trégua, saltó estrepitosamente los peldaños de la escalera, entró en su habitacion, se encajó dentro de las sábanas, y saltando por última vez, cayó sobre el pecho del granuja tan pronto como éste cerró los ojos.

Al despuntar el dia, el pobre muchacho se despertó al oír á su padre entrar en la habitacion inmediata y vióse libre de su horrible pesadilla. Las cosas habian salido mal. Por lo ménos, así lo presumió el jóven Jerry, viendo á Mr. Cruncher coger de las orejas á su mujer y golpearle la cabeza contra el testero de la cama.

—Veremos si así haces caso de lo que yo te digo, decia Mr. Cruncher, ya ves que cumplo mi palabra.

—¡Jerry! exclamaba la infeliz con suplicante voz.

—¿Por qué haces que salgan mal mis negocios? ¿Quieres que mis compañeros y yo nos arruinemos? Tú tienes la obligacion de respetarme y obedecerme... ¿no te lo he dicho ya mil veces?

—Yo hago todo lo que puedo para ser una buena esposa, respondió ella llorando.

—¿Conque es ser buena esposa impedir que yo me gane la vida? ¿Te parece que es honrarme el censurar la indole de mis ocupaciones? ¿Piensas tú que es obedecerme el oponerte á todas mis empresas? ¿No me habias jurado ser sumisa y obediente?

—¡Ay, Jerry! es que en aquella época no tenias aun ese horrible oficio.

—¿Y á tí qué te importa eso? Cuidate sólo de los deberes que tienes para conmigo, y no te ocupes de lo que yo hago ó dejo de hacer. Una mujer que sabe llevar sus deberes no se ocupa del oficio de su marido. Dices que eres buena cristiana, pues yo preferiria otra mujer que nunca hubiese pensado en serlo. Tú estás muy léjos de comprender tus deberes, y probablemente tendré que enseñártelos á martillazos.

Despues de esta filípica, hecha en voz baja, el honrado comerciante se quitó las botas, completamente cubiertas de barro, se tendió boca arriba sobre el duro suelo, descansó la cabeza sobre sus manos llenas de cieno y quedó al poco rato profundamente dormido.

No hubo, pues, pescado á la hora del almuerzo, que fué sobradamente frugal. Mr. Cruncher, de un humor más endemoniado que nunca, conservaba á su lado la tapadera de la marmita, con objeto de lanzarla á la cabeza de su costilla tan pronto como la infeliz manifestase el menor propósito de consagrarse á sus oraciones.

Se lavó, se cepilló y se vistió á la hora de salir, como tenia de costumbre todas las mañanas, para dirigirse á su puesto. El jóven Jerry corria al lado de su padre, con el taburete bajo el brazo, por enmedio de los transeuntes que llenaban las calles, y en nada se parecia al aterrizado muchacho que en la noche anterior corria en la sombra perseguido por un fantasma. La luz del dia le habia devuelto su malicioso descaro, y su miedo se habia disipado al mismo tiempo que las tinieblas.

—Papá, dijo el travieso chiquillo colocándose á una respetuosa distancia del autor de sus dias y parapetándose detrás de su taburete, ¿qué quiere decir desenterrador?

—¿Y yo que sé? dijo el papá parándose en mitad de la acera.

—Yo creia que lo sabiais todo, replicó el monigote.

—Mira, repuso Mr. Cruncher echándose hácia atrás el sombrero para dar mayor libertad á sus cabellos, un desenterrador es un comerciante, hijo mio.

—¿Y en qué comercia?

—Comercia en... objetos científicos, dijo el papá rasándose la cabeza.

—Es decir, que vende cadáveres, ¿no es eso? continuó el granuja.

—Creo que sí.

—Ay, papá, cuando yo sea mayor voy á dedicarme á desenterrador.

Mr. Cruncher, lisonjeado por este deseo de su tierno vástago, movió, sin embargo, la cabeza y replicó con tono sentencioso:

—Eso dependerá de las disposiciones que muestres en lo sucesivo, y del desarrollo que sepas darles; es preciso cultivar tu inteligencia y tener cuidado de no hablar con bicho viviente sino para decir las cosas puramente indispensables. En cuanto á la maña necesaria, no veo nada hasta ahora que pueda hacerme temer que no seas capaz de desempeñar algun dia esa profesion.

El chiquillo, satisfecho del buen concepto que acababa de merecer á su padre, se apresuró á colocar el taburete á la puerta de la casa Tellson y Compañía, en tanto que Mr. Cruncher pensaba para su capote:

—Jerry, excelente y honrado comerciante, tienes motivos para creer que ese muchacho llegará á ser el consuelo de tu vejez, y te indemnizará cumplidamente de todo cuanto su madre te hace sufrir.

CAPITULO XV.

La calcetera.

La taberna de Mr. Defarge se habia abierto mucho más temprano que de costumbre. Desde las seis de la mañana varios rostros macilentos asomados á los barrotes de las ventanas, habian contemplado en el interior del bodegon otros rostros demacrados, inclinados hácia sus respectivos vasos.

Mr. Defarge vendia siempre, áun en los mejores años, un vinillo detestable; pero su aguapié no habia sido nunca tan mala como en aquella época. Era una bebida indescriptible y extremadamente ágría, á juzgar por el perverso humor que daba á los bebedores. Ninguna llama báquica salia del zumo de la vid que vendia Mr. Defarge; pero en el fondo de sus toneles se escondia un fuego siniestro que ardia en la sombra.

Hacia tres dias que la tienda del tabernero se veia